

tos gazapos. Hasta el punto que me atrevería a solicitar de sus amigos y admiradores que esta sección de filología quedase convertido en un magnífico libro, en el acto y en espera de recoger en sus Obras completas para el futuro, como premio a su genio literario.

Gutiérrez Macías, me anuncia por último que la revista ALCÁNTARA le va a dedicar bastantes páginas «no todas las que merecía» Esta promesa nos satisface de momento, en espera de leer cuantos estudios le dediquen, porque da la coincidencia de ser Cáceres una provincia con una plantilla de poetas y prosistas magnífica que en estos momentos cumplirá el doloroso y merecido deber de estudiar una de las figuras literarias de actualidad, más destacada, con el propósito firme de no olvidarlo.

Por mi pequeña parte, me tomo la libertad en estos momentos de tristeza, de ofrecer en nombre de la intelectualidad pacense, el más amoroso pésame a los suyos, en primer término, a todos nuestros hermanos cacereños, y sobre todo a la Patria, representada por nuestra entrañable Extremadura.

ENRIQUE SEGURA

Correspondiente de la Academia de Bellas Artes  
y del Instituto de Estudios Madrileños



## UN ERUDITO EXTREMEÑO

CARLOS CALLEJO SERRANO

**E**ON don Pedro Romero Mendoza ha desaparecido uno de los primeros eruditos que nuestra región poseía en el campo de las letras puras. Actualmente, esta palabra *erudito* parece que ha venido a caer poco a poco en des- crédito, en tanto que se practica y hasta se entra a dictaminar en temas literarios con una formación basada en la simple lectura del periódico y unos cuantos libros contemporáneos.

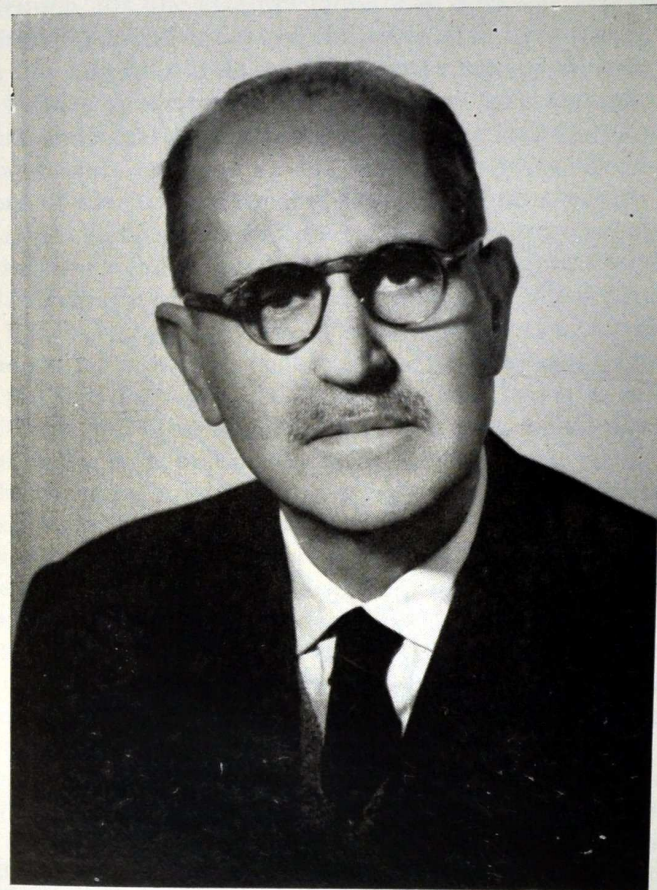
Pedro Romero nos ha dejado víctima de un accidente trágico y estúpido como tantos otros de esta plaga de nuestros tiempos que va segando vidas al azar, algunas excepcionalmente fecundas y todas igualmente valiosas por ser humanas. Ha sido una sorpresa brutal para los que le conocíamos y apreciábamos en su verdadero ser como persona y como literato. Durante varios años, en mis periódicos viajes a Navalmoral de la Mata, un número obligado era la visita a don Pedro, a quien encontraba siempre sumergido en un mar de papeles, unos profesionales y otros literarios. Nuestra conversación era siempre corta, pero sustanciosa. Su obsesión era la revista ALCÁNTARA, que desde muchos años atrás dirigía con acierto, topando siempre con numerosos inconvenientes completamente ajenos a su gestión, que ocasionaban largos retrasos en la salida. Obstáculos debidos siempre a la escasa importancia que se da a los valores del arte y el espíritu, en contraposición a la «res utilitaria». ALCÁNTARA, la única revista cultural de la provincia de Cáceres, era con frecuencia pospuesta en la imprenta a un impreso administrativo, carne de chimenea, que ni lleno ni vacío valía el papel que lo soportaba. Todo ésto desesperaba a Romero Mendoza y mucho más las críticas y quejas que la devaluación de la revista debida a su poca puntualidad provocaba, y de todo lo cual él no era responsable.

Años más atrás, antes de su traslado a Navalmoral como funcionario de la Diputación, se le encontraba por las tardes sentado en

un banco del Paseo de Cánovas con el inevitable libro en la mano. Nuestra conversación en estos encuentros era asimismo corta y ática y solía versar sobre el libro que estaba leyendo. A veces se agrandaba con la presencia de su compañera en la vida y en las letras doña Eladia Montesino, cuyos finos versos aparecían frecuentemente en las páginas de la revista. Romero Mendoza, leía mucho, leía siempre y leía bien, con la dedicación y minuciosidad de un monje medieval, acotando marginalmente cuanto de interés especial contenía la obra, tanto en su fondo como en su forma. Nunca he podido yo leer así por falta de tiempo material. El lector moderno no puede saborear lo que lee; se ve obligado a tragar sin masticar el texto de un libro, elaborando un rápido proceso de digestión para separar lo esencial de lo accesorio. Así se lee hoy, porque no hay espacio para más. De donde lo sacaba Pedro Romero fue siempre un misterio para mí. Pero lo cierto es que no existía volumen ni autor literario antiguo o moderno que él no conociera, desde Plutarco y Séneca hasta Camus o Cela. Y en este aspecto a veces me daban ganas de gastarle la famosa chanza de Menéndez y Pelayo, a quien le dieron un disgusto al manifestarle que en Alcoy salía un *librillo* que él no conocía. Luego cuando le aclararon que era un librillo de papel de fumar hubo de tranquilizarse su estrecha conciencia de lector infatigable.

Pedro Romero Mendoza, sin embargo, era menos conocido de lo que merecía, seguramente por haber infravalorado el papel esencial que en el mundo moderno desempeña la Prensa. Nunca escribía en los periódicos y pocas veces — salvo los comentarios lingüísticos que firmaba como «Un aprendiz de hablista» — en la propia revista que dirigía. Este error en nuestra época se paga frecuentemente con el olvido prematuro.

Romero era un purista, tanto de la filosofía como del lenguaje. Esta devoción a la Verdad y la Belleza le atraía no pocas críticas, de las que no se sabía defender, tal vez porque su caballerosa bondad, a veces escondida tras un gesto adusto, le impedía luchar eficazmente contra los que sin razón le atacaban, poner en solfa los fallos o los sofismas que tantos acérrimos del «a la pata la llana» como arbitrio que tiene la enorme ventaja de no necesitar preparación ni trabajo. A Romero le ponía enfermo el solecismo y le mataba la chabacanería. Pero sus «críticas sin hiel» y su «suaviter in modo» no tenían efectividad porque lo que no tiene algo de hiel de cualquier color, no se lee siquiera y la suavidad pasa completamente desapercibida. Esto era en él lo único *anticuado*, adjetivo que hubo de encargar numerosas veces: los modales de exquisitez que el público de



D. Pedro Romero Mendoza  
† 10 de Agosto 1969

ahora no entiende ni aprecia. No estaba anticuado, en cambio, en el fondo de las cuestiones que planteaba, por razón sencilla de que la verdad no está nunca anticuada y los caracteres de una calidad auténtica son por completo independientes de la cronología. Pero esto no lo entienden los que viven pegados a la hoja del almanaque del día o las hormigas que creen que no existe ni existió nunca más tierra que la que hay debajo de sus seis patitas microscópicas.

Pedro Romero no sólo era un crítico, sino un tratadista; no sólo había acumulado mares de erudición, sino que sabía devolvérsela al lector galanamente envuelta en un estilo elegante y agradable. Su magna obra «Siete ensayos sobre el Romanticismo español» mereció que la Real Academia le concediera el importantísimo premio «Conde de Cartagena» pocas veces mejor ganado. Este libro le fue publicado en dos etapas por la Diputación de Cáceres. El segundo tomo ha salido hace poco, un montón de años después de haber conseguido el brillante premio. Quizás en este retraso llevase él una parte de culpa, pues su delicadeza ni aguantaba la sospecha de que él, por su situación en la Empresa editora, hubiera intervenido para «acelerar» la publicación de una obra suya.

Cuando me ví en el trance de hacer la recensión de esta obra para la revista ALCÁNTARA me asaltó el temor de no poder hacerlo con la eficacia que a mis ojos merecía el autor y mi amistad con él. Se trataba de un libro voluminoso, a pesar de no contener sino la mitad de la obra y que me era forzoso apilar con otros cien trabajos que aguardaban turno en mi nutrido programa de obligaciones literarias. Confieso que la perspectiva de haberme de leer quinientas páginas, no era precisamente un acicate para mi obligada pereza, pecado que en mi no es precisamente vicio sino necesidad. Al cabo me fue forzoso pechar con ello. Pero si antes de tomar el volumen sólo era la amistad quien me acuciaba a la lectura; en cuanto comenzó ésta, fue el mismo texto el que me hizo exprimir mi tiempo, sacando minutos de cualquier sitio para dedicarlos al libro. Romero en esta obra no sólo se muestra como un conocedor del tema como acaso no ha habido otro desde los tiempos de Cejador, sino como estilista de la pluma y un maestro en el arte de saber convertir lo árido en ameno, y en ligero lo pesado. Nada más distinto a otros tratadistas que me he visto obligado a deglutir y que sólo sabían enfardar su técnica en párrafos de plomo o desparramarla en bosques de hojarasca, empleando bronca y torpemente la maravillosa herramienta que es el lenguaje castellano. Esta obra cumbre de Pedro Romero que, felizmente, pudo ver publicada íntegra antes de su muerte, tiene mil pá-

ginas y se lee, nada más con dos onzas de amor a las letras que atesore el lector, con el interés de una buena novela. Ya lo dije en las recensiones que hube de hacer y lo hago en esta recensión póstuma en que desde luego, no puedo encerrar toda la obra de Romero Mendoza, entre otras razones porque buena parte de ella me es desconocida, por haber salido a la luz cuando yo todavía no vivía en Extremadura. Y esta mención trae a mi memoria un tributo más de gratitud con el finado. Pues cuando, poco después de concluída la guerra, yo hube de reanudar mi vocación literaria y humanística en un ambiente muy distinto al mío natal, las primeras puertas de hospitalidad y afecto que se me abrieron en Cáceres fueron las del llorado Tomás Martín Gil y la de Pedro Romero Mendoza, ya hoy desaparecidos y también la de Dionisio Acedo Iglesias, que mil años viva.

Nuestro autor, contra lo que podría esperarse de sus reparos críticos y lingüísticos y de su carga de erudición, que suele ir acompañada de un estilo pesado y pomposo, era, como escritor, todo lo contrario, sencillo, fácil, asequible y ameno.

Sus trabajos de imaginación (hace poco se publicaron algunos de ellos en un tomo bajo el título de «*El Chupao* y otros cuentos»), eran aguafuertes llenos de vigor y de realismo, y sus versos, de tipo clasicista, completaban la silueta del literato perfecto.

En uno de sus poemas últimamente publicados en la revista *ALCÁNTARA* después de una serie de vivaces alegorías, el poeta terminaba, ante una última figura aparecida, con estas palabras:

«Dos golpes secos en mi puerta dieron

.....  
—si eres la Muerte, pasa....»

Ahora, esos golpes presentidos llegaron a ser realidad. Y el escritor ha dejado pasar a la Intrusa con la misma serenidad que describió en su poema. A los que quedamos y fuimos sus amigos y compañeros de letras, nos resta cultivar su recuerdo, admirar su capacidad de trabajo e imitar su caballerosidad.

## RECUERDOS

# ¿Te acuerdas?

Por MIGUEL MUÑOZ DE SAN PEDRO  
(Conde de Canilleros)



El 11 de julio de este año 1969, me reuní en el salón del Ayuntamiento cacereño con el Alcalde y un grupo de escritores y periodistas, para la presentación de mi libro *Cáceres*, publicado por la Editorial Everest. Allí estuve con Pedro Romero Mendoza, sin poder sospechar que en aquellos momentos concluía una amistad de toda la vida, porque ya no íbamos a volver a vernos. Poco después, el día 29, era víctima de un desgraciado accidente de coche, a consecuencia del cual murió el 10 de Agosto.

Como siempre que nos juntábamos, Pedro y yo estuvimos comentando cosas del Cáceres de nuestros tiempos de infancia y juventud, durante el rato de espera en un despacho cercano al salón. Hablamos, concretamente, de cuando en la noche del Patrón San Jorge, el 23 de Abril de 1926, inauguró el Gran Teatro la Compañía de Luis Vila, representando la comedia *El condado de Mairena* ante un total lleno de público. Fue un suceso resonante, porque se realizaba la ilusión cacereña de tener un teatro, asunto del que se había empezado a hablar en 1884.

Pedro hizo este comentario en nuestra charla:

—En 1926 Cáceres había crecido, y tú y yo lo habíamos visto crecer; pero aun era el Cáceres de antes, tan distinto del de hoy. ¿Te acuerdas?

—Claro que me acuerdo—le contesté—. Hacía entonces veinte años que tú y yo teníamos amistad.

—¿Cómo?—indagó—. En ese detalle no caigo ahora.

—Voy a recordártelo—agregué, dispuesto a proseguir—. ¿Te acuerdas...?

En aquel momento nos avisaron que pasáramos al salón, porque iba a empezar el acto. La charla quedó interrumpida para siempre...

¿Para siempre? ¡No! En estos *Recuerdos* míos, en los que tú, Pedro, tienes más derecho a figurar que nadie, voy a seguir hablando contigo